

ÍNTIMAMENTE – Zoraida Aybar ©
LA EVOLUCIÓN DEL ESPÍRITU
27 de mayo de 2013

"Sin la certeza de una vida futura, sin ese vislumbre del más allá, el hombre sería el más infeliz de los animales."

Dante

Continuamos con nuestro tema de la semana anterior tomado del libro La Sabiduría de 'Abdu'l-Bahá, una recopilación de sus charlas durante su estadía en París en 1911:

La creación física, en su totalidad, es perecedera. Estos cuerpos materiales están compuestos de átomos; cuando estos átomos comienzan a separarse, se produce la descomposición, y entonces sobreviene lo que llamamos muerte. Esta composición de átomos, que constituye el cuerpo o elemento mortal de todo ser creado, es temporal. Cuando el poder de atracción que mantiene unidos a estos átomos cesa de actuar, el cuerpo como tal deja de existir.

Con el alma ocurre algo diferente. El alma no es una combinación. El alma no es una combinación de elementos, no se compone de muchos átomos, sino de una sustancia indivisible y, por consiguiente, eterna. Está completamente fuera del orden de la creación física. ¡Es inmortal!

La filosofía científica ha demostrado que un elemento simple ("simple", en el sentido de "no compuesto") es indestructible, eterno. El alma, al no ser una composición de elementos es, por naturaleza, un elemento simple y, por consiguiente, no puede dejar de existir.

Siendo una sustancia indivisible, el alma no puede sufrir desintegración, ni destrucción, por lo que no hay razón para que sobrevenga su fin. Todas las cosas vivientes expresan los signos de su existencia, por lo que estos signos no podrían existir por sí mismos, si aquello que ellos expresan o testifican no existiera. Por supuesto, una cosa que no existe no puede mostrar signos de su existencia. Los múltiples signos de la existencia del espíritu están siempre ante nosotros.

Las huellas del Espíritu de Jesucristo, la influencia de sus Enseñanzas Divinas, están hoy presentes con nosotros y lo estarán eternamente.

Estamos de acuerdo en que una cosa no existente no puede manifestarse por sus signos. Para poder escribir debe existir una persona, pues alguien no existente no puede escribir. La escritura es, en sí misma, un signo del alma y la inteligencia del escritor. Las Sagradas Escrituras (siempre con las mismas Enseñanzas) prueban la continuidad del espíritu.

Considerad el propósito de la creación: ¿es posible que todo haya sido creado para evolucionar o desarrollarse a través de incontables edades, con este exiguo propósito, unos pocos años de la vida de un ser humano sobre la tierra? ¿No es impensable que éste pudiera llegar a ser el propósito final de la existencia?

El mineral evoluciona hasta que es absorbido en la vida de la planta; la planta progresa hasta que finalmente pierde su vida en la del animal, a su vez, formando parte del alimento del ser humano, es absorbido en la vida humana.

Por ello el ser humano demuestra ser la suma de toda la creación, el ser superior entre las criaturas vivientes, la meta hacia la cual han progresado incontables edades de existencia.

En el mejor de los casos, todo lo que el individuo vive en este mundo son noventa años, ¡un corto tiempo por cierto!

¿Cesa de existir el ser humano cuando abandona su cuerpo? ¡Si su vida finaliza, entonces, toda su anterior evolución ha sido en vano, todo ha sido para nada! ¿Puede alguien imaginar que la Creación no tiene mayor propósito que éste?

El alma es inmortal

Los materialistas dicen: "¿Dónde está el alma? ¿Qué es? No podemos verla, ni podemos tocarla."

Esto es lo debemos contestarle: por mucho que pueda progresar el mineral, nunca podrá comprender el mundo vegetal. Ahora bien, ¡la falta de tal comprensión no prueba la inexistencia de la planta!

Por muy elevado que sea el grado de evolución que alcance la planta, está incapacitada para comprender el mundo animal, pero esta ignorancia no es prueba de que el animal no exista!

El animal, por más desarrollado que se encuentre, no puede imaginar la inteligencia del ser humano, ni puede comprender la naturaleza de su alma. Pero, una vez más, ello no prueba que el ser humano carezca de intelecto, o de alma. Sólo demuestra que una determinada forma de existencia es incapaz de comprender a una forma superior a sí misma.

. . . /